

CITA: Jemio, Ana Sofía (2012): ““FOTIA, sus sindicatos y afiliados”. Una aproximación a los marcos discursivos y propuestas programáticas de la clase obrera azucarera tucumana en 1963”, en CD III *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos “Movimientos Sociales, Estados y Partidos Políticos en América Latina: (re)configuraciones institucionales, experiencias de organización y resistencia”*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, 28-30 de noviembre de 2012, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

“FOTIA, sus sindicatos y afiliados”. Una aproximación a los marcos discursivos y propuestas programáticas de la clase obrera azucarera tucumana en 1963

Ana Sofía Jemio
Centro de Estudios sobre Genocidio (CEG) – UNTREF / becaria CONICET
anitajemio@hotmail.com

Resumen

El propósito de este trabajo es analizar los marcos discursivos y propuestas programáticas de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) producidas en el marco de los conflictos protagonizados por los trabajadores azucareros de la provincia en 1963. Este objetivo se ubica en un interrogante más general acerca del proceso de convergencia entre radicalización política y conflicto social en la clase obrera en el período 1960-1966.

El trabajo se basa, fundamentalmente, en el folleto *FOTIA, sus sindicatos y afiliados*, un documento de 18 páginas publicado en octubre de 1963 por la Federación para el trabajo con las bases. El análisis de estos discursos procura identificar las causas a las que se atribuye la crisis de la industria azucarera, las demandas económicas que se formulan y las soluciones que se proponen para rastrear los presupuestos ideológicos que les subyacen. Se pondrá especial énfasis en analizar el tipo de críticas a la burguesía azucarera y al Estado que se expresan en los diagnósticos y las soluciones propuestas.

El propósito de este trabajo es analizar los marcos discursivos y propuestas programáticas de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) producidas en el marco de los conflictos protagonizados por los trabajadores azucareros de la provincia en 1963.

Este objetivo se ubica en un interrogante más general acerca del proceso de convergencia entre radicalización política y conflicto social en la clase obrera en el período 1960-1966. Este recorte

temático implica la consideración de las producciones teóricas que se han desarrollado desde dos campos de estudios: el de la denominada “nueva izquierda” y el de los estudios sobre la clase obrera.

En los apartados siguientes se presentan algunas líneas teóricas de los mencionados campos temáticos para plantear las coordenadas generales desde las cuales se propone pensar el tema de este trabajo y un breve estado de la cuestión acerca de la conflictividad obrera en la historia tucumana.

Los estudios sobre la clase obrera

La mayoría de los estudios sobre la clase obrera argentina plantean una periodización similar de los ciclos de lucha de los trabajadores entre 1955 y 1969. El primer ciclo, la resistencia clásica, abarcó el período 1955-1959/60 y se caracterizó por una dinámica ascendente del conflicto social con un alto protagonismo de la clase trabajadora, que resistió tenazmente el proyecto económico y político que se pretendía imponer.

En el marco de la fuerte derrota sufrida por los trabajadores en las huelgas de 1959 y 1960, comenzó un proceso de reflujo de la movilización de masas, de burocratización de los sindicatos y de incorporación de los mismos como un factor de poder más al sistema político post-peronista. Precedido por la crisis de las tradicionales dirigencias sindicales en los comienzos de la dictadura de J. C. Onganía, se abrió un nuevo ciclo de protestas obreras a partir de 1969 cuyo carácter distintivo fue la emergencia de una corriente clasista al interior del sindicalismo.

En los trabajos de Daniel James (1991) y Juan Carlos Torre (1985) la demarcación de estos espacios históricos se construye a partir de una mirada que privilegia las discontinuidades generadas por el ascenso y repliegue de las luchas sociales y la consiguiente diferenciación de etapas en las estrategias sindicales y las experiencias obreras.

El estudio de Torre analiza el desarrollo de la lucha de clases y la acción obrera a partir de un enfoque que da cuenta de las especificidades de las estrategias sindicales en el marco de las condiciones estructurales en las cuales se desplegaron¹.

Sin negar la complejidad y riqueza del análisis del autor, puede pensarse que su clave explicativa del proceso de ascenso de la protesta obrera en la resistencia clásica radica en una suerte de “equivoco”: la coincidencia coyuntural de las tácticas de dos sectores cuyas estrategias de largo plazo eran distintas.

La acción sindical de repliegue político y acentuación del carácter no integrable de sus demandas estuvo en la base de la fuerte conflictividad de las luchas obreras y el surgimiento de orientaciones ideológicas más radicales. Sin embargo, el fundamento último de esta estrategia radicaba en la

¹ En un complejo y matizado análisis, el autor explica las fuentes de poder del sindicalismo en Argentina a través de la convergencia de factores estructurales de tipo económico y político, la doble representación que desempeñan los sindicatos tras la proscripción del peronismo, y la configuración del campo de fuerzas en el que el poder sindical se ejerce, caracterizado por la debilidad política y la fragmentación social de las fuerzas a las cuales se enfrentó.

situación de debilidad del sindicalismo: los logros que podía obtener mediante la lucha eran reducidos y, por lo tanto, su supervivencia dependía de plantearse fines de más largo plazo que le permitieran cohesionar al movimiento y articular su oposición.

La táctica de intransigencia adoptada coincidió coyunturalmente con las orientaciones de la dirección política del movimiento cuyas metas de largo plazo eran, sin embargo, distintas: *“La común profesión de fe peronista tendía un puente entre el ala radical del peronismo y las posiciones sindicales y oscurecía el contraste profundo entre quienes colocaban su combate contra el poder militar bajo los ideales de una revolución más vasta y aquellos otros que encontraban en dichas consignas una proyección política para el objetivo más modesto de asegurar su supervivencia como fuerza social organizada”* (Torre, 1985:25).

Para el autor, las condiciones de posibilidad de la posterior burocratización del sindicalismo peronista y su integración al sistema político como un factor de poder más² están fundadas en la existencia de esta ambigüedad en el período de la resistencia.

El contexto que habilitó estos procesos fue el reflujo de la participación masiva de las bases en las luchas obreras producido por las derrotas de las huelgas de 1959 y 1960, que se profundizó por el impacto de la crisis económica y las disposiciones legalizadas en los nuevos convenios colectivos negociados en el marco de esa derrota, que recortaron drásticamente las atribuciones de las comisiones internas de empresa, órganos privilegiados de la militancia de base.

A partir de entonces se produjo un creciente desencuentro entre el nivel de las expresiones políticas y el de las luchas sociales: *“El sindicalismo, que acentuaba su intransigencia frente al gobierno y a través de él, frente al orden político surgido del derrocamiento del régimen peronista, era, a la vez, un sindicalismo a la defensiva, obligado a asistir pasivamente al intenso proceso de reorganización capitalista en curso”* (Torre, 1985:29).

Dada la fragmentación al interior de la clase dominante, la debilidad estructural del sindicalismo pudo ser compensada mediante una estrategia de presión política. Este pasaje a la acción en el plano del sistema político implicaba un viraje en las tácticas usadas por el sindicalismo: la acción basada en la movilización de las bases no expresaba ya una intensificación de las luchas sociales sino una herramienta de presión hacia el gobierno. Este cambio requirió de una clase obrera controlada y disciplinada a través de sus organizaciones gremiales.

En este proceso se enmarca la hegemonización del movimiento obrero a partir de 1962 por la línea

² Esta ambigüedad se fue develando a medida que comenzaron a abrirse resquicios de semi-legalidad. Una temprana expresión de esto fueron las coyunturas de las elecciones sindicales de 1957, la elección de la Asamblea Constituyente, y tuvo su punto culmine en el acuerdo para la elección de Frondizi (Torre, 1985:25)

integracionista representada por Augusto Vandor. Como consecuencia de esto, la línea radicalizada “*quedó reducida apenas a un recurso de los sectores débiles del sindicalismo en su disputa por el poder interno con quien surgía como la figura dominante de este movimiento obrero pragmático y dispuesto a la negociación*” (Torre, 1985:31). La principal línea de disputa en este contexto de autonomización del poder sindical será con el líder del movimiento, que utilizará en su estrategia la presión del ala radicalizada del sindicalismo para reafirmar su poder frente al sector dirigido por Vandor.

Compartiendo en líneas generales los planteos estructurales de Torre, el trabajo de James adoptará otra perspectiva de análisis que tiene fuertes puntos de contacto con la tradición de la historia social marxista. Esta perspectiva, cuyo objeto de estudio son las experiencias y creencias de los trabajadores, permite abordar la relación entre lucha de clases y experiencia obrera complementando los análisis de Torre acerca de los factores económicos y políticos que determinaron la situación del proletariado (Camarero, 2003).

Uno de los principales aportes de James es el análisis de la ideología y conciencia obrera que se estructuran a partir de la lucha de clases. El autor afirma que, como legado de la primera etapa de la resistencia clásica (1955-1958), la cultura peronista fue resignificada. Este legado es definido como ambivalente: implicó tanto una reafirmación de los principios tradicionales propios del peronismo en el poder como fragmentos de un contradiscurso emergido fundamentalmente en la lucha librada por la clase trabajadora.

Conceptualmente esta ambivalencia es entendida en términos de una tensión entre la realidad experimentada y la “conciencia práctica” que esta genera y los principios de la ideología formal³.

El autor considera que esta ambivalencia –en tanto portadora de elementos de un contradiscurso– pudo haber sido una condición de posibilidad para la emergencia de una ideología de línea radicalizada dentro del peronismo que expresara en términos formales la militancia y el sentimiento de conflicto de clases que impregnaron ese período. Sin embargo, la coyuntura institucional general y la

³ Para el autor, esta ambigüedad reside, en buena parte, en la índole misma del contexto político general en que los obreros peronistas actuaron. Por un lado, la división del país entre peronistas y antiperonistas tuvo por efecto que un intenso conflicto de clase fuera absorbido por una polarización política que, en definitiva, no se basaba en las clases. Cuestiones relativas a la plena integración de los trabajadores, en cuanto ciudadanos, a la vida política; el papel político de los obreros en la sociedad civil; el papel de la clase obrera en el desarrollo económico; y la defensa del Estado nacional y popular fueron supuestos que integraron la cultura de la clase trabajadora y fueron asimilados y reflejados por los principios formales de la ideología peronista más fácilmente que otros. Por otra parte, el peronismo oficial tenía poco que decir sobre ciertas áreas de experiencia de la clase trabajadora ligada a la cultura de planta y taller que afirmaba los derechos de los trabajadores en el proceso de trabajo mismo. Los supuestos y principios derivados de esta experiencia del conflicto de clases rara vez eran articulados explícitamente en términos ideológicos más específicos, muchas veces se mantuvieron latentes, otras se expresaron en la conciencia práctica. Fundamentalmente, y en su convivencia con los supuestos peronistas oficiales, se expresaron como una presión, un malestar, una latencia (James, 1990:135-139).

desmovilizadora derrota en la que se enmarcó la acción obrera conspiraron contra esta posibilidad.

Esta ambigüedad en la cultura peronista constituye una clave analítica a partir de la cual James explica la emergencia de las tres líneas principales de acción sindical y política que caracterizaron el período 60-66: el sector que aceptará la integración al sistema político vigente; la resistencia que opondrán un sector minoritario del sindicalismo a la participación y negociación con el Estado; y el sector que, frente al creciente poder de la cúpula sindical y la lógica del compromiso, buscó una alternativa coherente de ideología y organización en las teorías del foquismo y la guerrilla.

Mientras que el sector que tomó la vía de la formación de guerrillas llevó hasta las últimas consecuencias ese potencial herético contenido en la cultura peronista –pero en el marco de una desmovilización de las bases que lo llevó a un aislamiento respecto de la clase obrera–, la fracción sindical de la línea “dura” basará su resistencia en una oposición de carácter moral.

Hacia 1963, los dirigentes y activistas de esta fracción del movimiento sindical se encontraban cada vez más marginados de sus sindicatos y habían perdido posiciones en las 62 Organizaciones; sólo mantenían cierta influencia en gremios pequeños y del interior.

La oposición de carácter moral encarnada por la línea de los “duros” tuvo la virtud de proporcionar a estos sectores la capacidad para sobrevivir en la adversidad de los años siguientes. Sin embargo, James señala que *“la moralidad no era un escudo suficiente, ni una base factible para una estrategia sindical específica (...) En última instancia, la ‘línea dura’ se convirtió en un estado de ánimo, una actitud, una ‘estructura de sentimiento’, más que en una posición política e ideológica articulada”* (James, 1990:183-184)

Esta imposibilidad de establecer definiciones ideológicas y políticas propias se expresó en que la oposición al vandomismo se estructurara en términos de traición. La contracara de esta descalificación fue la defensa de una actitud de lealtad inamovible a Perón, a quien consideraban el árbitro final de los destinos del movimiento. Extremando esta posición, el autor afirma que la existencia misma de la corriente de izquierda claramente definida durante el período 1962-1966 dependió decisivamente de Perón, quien la consideró como un recurso táctico.

En cuanto a su ideología formal, esta corriente no incluía elementos que la distinguiesen sustancialmente de otras líneas del peronismo. De hecho, el autor señala que, en el marco de la derrota y desmovilización de la clase obrera, se produce en el movimiento sindical una suerte de acuerdo tácito en torno a ciertos conceptos rectores de un programa ideológico y práctico. Estos conceptos atenuaban muchas de las tensiones latentes derivadas de la experiencia de lucha de clases del período 1955-60⁴ y

⁴ Los principales supuestos ideológicos de las demandas de ese programa no eran anticapitalistas. Sus principales ejes fueron: a) la comprensión de la noción de desarrollo del país como desarrollo de la industria privada de capital nacional

abrían terreno para un acuerdo entre las fracciones rivales del movimiento. La hegemonía del vandomismo, en buena parte, se basó en la capacidad para articular ese consenso.

La línea de los duros no dejaba de compartir estos acuerdos tácitos y, como se dijo, se autodefinió y se diferenció del sector hegemónico del movimiento sindical a partir de un vocabulario político estrictamente moral.

Dentro de esta corriente hubo un intento de estructurar una expresión programática que superara esa intransigencia moral. Esta corriente, sintetizada por John William Cooke, tuvo escasa influencia en el movimiento sindical. En cambio, tuvo un fuerte impacto y repercusión en una generación joven de militantes políticos para quienes la opción de la guerrilla comenzó a ser concebida como un medio y un fin en sí mismo.

Para James, el anclaje y la difusión de la estrategia guerrillera, inspirada en la experiencia cubana, están estrechamente ligados al proceso de desmovilización del movimiento de masas en los primeros años de la década del sesenta, el consiguiente dominio ejercido por la burocracia sindical y la marginación de los activistas y líderes más militantes. En este contexto, esta joven generación consideró que la lucha armada ofrecía una solución para canalizar los anhelos antiimperialistas y anticapitalistas de las masas trabajadoras expresados en la enorme combatividad de la época de la resistencia, que habían sido sofocados por el poder absoluto de la burocracia gremial.

El autor evalúa que esta opción *“implicaba un distanciamiento efectivo de la lucha sindical, por entender que el poder de la burocracia gremial era absoluto, y no obstante la constante evocación de la figura de la clase obrera significaba, en definitiva, un rechazo elitista de la historia de la clase trabajadora peronista con toda su complejidad y contradicciones”* (James, 1991:282)

Articulando los trabajos de Torre y James, es posible plantear que los autores comparten una hipótesis central que articula los tres períodos demarcados entre 1955-1976: la desmovilizadora derrota del movimiento obrero a partir de 1959 funciona como el principal elemento explicativo de la relación entre las bases y las cúpulas sindicales que produce la emergencia del vandomismo, primero, y la guerrilla después (Schneider, Camarero y Pozzi, 2001).

El trabajo de Alejandro Schneider, Hernán Camarero y Pablo Pozzi cuestiona y matiza esta hipótesis. Sin negar que ésta haya sido la tendencia general en el ciclo de luchas de la clase obrera, van a resaltar

(elemento que remitía a un componente antiimperialista) con los límites necesarios para asegurar el bien nacional y la justa división de ganancias; b) el postulado de que el plan de desarrollo debía ser impulsado desde un consenso de clases, expresado en la búsqueda de alianza con la CGE en base al común interés de desarrollo del mercado interno; c) el reconocimiento de la función social del capital, expresado en términos prácticos bajo la forma de cogestión obrera –y no control obrero ni expropiación–; d) la concepción de una función ampliada de los sindicatos, que excede la negociación salarial. Sobre éste último punto se desarrollaron fuertes debate acerca de qué se incluye entre las funciones ampliadas (James, 1990:254-260)

ciertas continuidades del legado herético de la resistencia peronista con posterioridad a 1960 como parte de la cultura obrera argentina.

Los autores formulan dos críticas centrales a los trabajos de James y Torre. Por un lado, sostienen que los datos históricos permiten mostrar que la derrota posterior a 1960 no fue homogénea ni total. Aún cuando no tuvieran la masividad de los años anteriores, las luchas obreras continuaron durante toda la primera mitad de la década del sesenta y los convenios colectivos negociados no fueron siempre desfavorables para los trabajadores. Además, en algunos casos, la misma fortaleza de los obreros logró que no se avanzara sobre el poder de las comisiones internas⁵.

Por otro lado, los autores señalan que James incurre implícitamente en una equiparación entre clase obrera y peronismo. Sin negar la importancia del peronismo entre los trabajadores, la hipótesis central de estos trabajos es que la experiencia de lucha y la cotidianidad en los lugares de producción forjó en la clase obrera una conciencia e identidad como sujeto social que contenía elementos clasistas. Esta característica de la cultura obrera habilitó la radicalización de ciertas fracciones del proletariado en algunos casos a través de la asunción de identidades políticas revolucionarias –armadas y no armadas– y en otros, quizás los más, a través de la simpatía o colaboración con dichas organizaciones.

Una de las ventajas de este enfoque es que permite captar la compleja trama de la ideología y conciencia obrera en sus matices y contradicciones. Al no homologar esta ideología y conciencia obrera con la ideología formal del peronismo, permite también indagar en la identidad peronista en sus contradicciones y tensiones, tal como lo hace James en su análisis de la resistencia clásica.

El enfoque que guía el presente trabajo considera, en coincidencia con Torre, que la coyuntura 1960-1966 está signada por un retroceso de la clase obrera azucarera en términos estructurales. En el marco de la crisis de la industria, este retroceso se expresó, entre otras cuestiones, en una fuerte contracción del mercado de trabajo. Sin embargo, la radicalización política con la que respondió la clase obrera a esta situación no fue retórica –se expresó de hecho en sus propuestas y en sus modos de acción– y contó con el respaldo de la movilización de masas⁶.

El análisis gira en torno a uno de los minoritarios sectores obreros que en esa coyuntura no estuvo

⁵ A través del análisis de las luchas obrera en el área metropolitana de Buenos Aires, el trabajo de Schneider demuestra que no todos los convenios colectivos firmados entre 1959 y 1961 significaron un retroceso de los trabajadores e incluso que aún cuando la letra del convenio indicara esto no siempre se pudo aplicar. Asimismo, rastrea numerosos conflictos obreros librados por los trabajadores entre 1960 y 1966, mostrando que las principales demandas eran la defensa de las fuentes de trabajo frente a la situación recesiva de la industria manufacturera a principio de la década del sesenta; el pedido de reincorporación a trabajadores despedidos o suspendidos; las negociaciones de los convenios colectivos de trabajo; el cumplimiento de esos convenios por parte de la patronal; e incrementos salariales frente a la caída del nivel de ingresos (Schneider, 2005).

⁶ En este punto, se siguen las afirmaciones de Silvia Sigal (1973) quien sostiene que un contexto de crisis económica, un mínimo nivel de movilización ideológica y de articulación organizacional puede permitir la formación de tendencias que postulen formas políticas de resolución de la crisis.

hegemonizado por el vandomismo. La indagación de los marcos discursivos y las propuestas programáticas de la FOTIA en 1963 apunta a mostrar que, en ciertos sectores, el carácter ambiguo de la ideología y conciencia obrera que define James para el período de la resistencia clásica tiene aún vigencia en este período.

Cabe aclarar que el objetivo no es postular una mera supervivencia. La posibilidad de que existan elementos contradiscursivos en las propuestas y concepciones de la organización gremial esta estrechamente ligada a la continuidad en las luchas obreras que se desarrollaron en el marco de la profunda crisis que atravesaba la industria azucarera.

Por otra parte, la continuidad no refiere al contenido de la ideología y conciencia obrera tal y como la define James sino al carácter ambiguo generado por la convivencia de elementos de corte clasista con postulados propios del peronismo en su vertiente de conciliación de clases. Justamente, el contenido de los discursos de la FOTIA en este período estuvo vinculado con la actuación al interior del movimiento obrero de tendencias radicalizadas del peronismo y de la izquierda marxista surgidas en la primera mitad de los sesentas, que aportaron nuevos elementos a los modos de procesar y expresar la conflictividad obrero–patronal forjada en la experiencia cotidiana.

En este sentido, el enfoque de análisis comparte la hipótesis de los trabajos de Schneider, Camarero y Pozzi acerca de las continuidades del legado herético de la resistencia peronista en la década del sesenta, que están en la base de los procesos de radicalización cuyo punto más álgido a nivel nacional comenzará hacia finales de los sesentas.

Acerca del proceso de convergencia entre radicalización política y conflicto social en Tucumán

Buena parte de la bibliografía coincide en señalar que desde los inicios de la década del sesenta Tucumán se convirtió en “el polvorín de la República” (Sigal, 1973). Como señala A. J. Ramírez “*la pequeña pero simbólicamente importante provincia de Tucumán, se habían convertido en terreno de disputa para los idearios y planes liberal-desarrollistas, revolucionarios y peronistas, que parecían encontrar en sus particularidades económicas, sociales y políticas signos de los defectos y posibilidades del proceso nacional*” (Ramírez, 2008:16). Desde la izquierda tanto marxista como peronista esta lectura tenía como anclaje la poderosa tradición combativa de la FOTIA que nucleaba a gran parte de la clase obrera provincial.

En las historias que se han escrito tanto desde el ámbito académico como testimonial o periodístico acerca del período 1955-1976 se pueden observar aún las huellas de ese poder simbólico que adquirió la provincia. Gran parte de esos escritos tienen como referencia ineludible una serie de hechos que funcionan como paradigma no sólo de la combatividad de la clase obrera azucarera sino también de las

múltiples experiencias desarrolladas por la izquierda peronista y marxista en la provincia⁷.

En los trabajos académicos se pueden rastrear dos líneas de interpretación divergentes en cuanto al proceso de convergencia entre radicalización política y conflictividad social en la historia de la provincia. Advirtiéndose que se trata de una esquematización y simplificación de las interpretaciones, se puede trazar como primera distinción entre ambas líneas el modo en que establecen las continuidades y rupturas en la dinámica de la conflictividad social de la provincia.

Una interpretación plantea una suerte de continuidad en esta dinámica signada por un primer proceso de radicalización de la clase obrera que, a partir de 1968-1969, se articulará con otros sectores sociales, principalmente el movimiento estudiantil, marcando una convergencia entre protesta social y radicalización política cuya expresión serían los Tucumanazos. En este sentido, esas puebladas se inscribirían en el ciclo abierto por el Cordobazo, signado por la convergencia de obreros, estudiantes y movimientos armados revolucionarios (Crenzel, 1991; Kotler, 2007).

La segunda línea de análisis, en cambio, marcará una fuerte ruptura en esta dinámica a partir de 1968, ligada a la crisis que atravesará la clase obrera azucarera y el gremio que la representa por el cierre de 11 ingenios impulsado por la dictadura militar de J. C. Onganía (Sigal, 1973)⁸. Esta crisis implicará el desplazamiento de la clase obrera del centro al margen del campo de protesta tucumano, cuyo sujeto más dinámico pasará a ser el movimiento estudiantil y las organizaciones armadas revolucionarias (Ramírez, 2008).

A través de la reconstrucción de los conflictos protagonizados por la clase obrera azucarera en 1965-1966, el trabajo de Ramírez contribuye a visibilizar el temprano proceso de convergencia entre radicalización política y conflicto social que se producirá en los trabajadores azucareros en el marco de la resistencia a la pérdida de las fuentes de trabajo, y la derrota que sufrirá hacia 1968-1969.

Inscribiéndose en ésta línea de análisis, el trabajo pretende indagar en ese proceso de radicalización temprana de la clase obrera azucarera a través del análisis de los discursos y propuestas programáticas de la FOTIA.

⁷ La huelga que realiza la FOTIA durante el primer gobierno de Perón en 1949; la exitosa huelga de 1959; la experiencia de la guerrilla rural Uturuncos en el mismo año; la marcha del hambre protagonizada por los pequeños cañeros en 1961; las ocupaciones de fábrica para evitar el cierre de los ingenios Santa Ana y Santa Lucía en 1962, 1963 y 1964; el intento de instalación de una guerrilla rural en 1964; la presentación de candidatos obreros para el parlamento realizada conjuntamente por sectores del peronismo y el PRT en 1965; el intenso proceso de luchas frente a la crisis azucarera en 1965-1966; la resistencia posterior al cierre de los ingenios que tiene como emblema el asesinato de Hilda Guerrero de Molina en 1967; la alineación de la FOTIA con la CGT de los Argentinos en 1968; las experiencias de las vanguardias artísticas Tucumán Arde y el cine de base con Gerardo Vallejo; los Tucumanazos de 1970 y 1972; y finalmente la instalación de la guerrilla rural del PRT-ERP en 1974 son los acontecimientos paradigmáticos que se utilizan para construir simbólicamente esta tradición combativa en la provincia.

⁸ El trabajo de Silvia Sigal no analiza la continuidad de la conflictividad social con posterioridad a 1968 pero su análisis es pionero en señalar la derrota que sufrió la clase obrera tras el cierre de los ingenios en 1966 y la crisis que atravesó la FOTIA en el período.

Siguiendo los planteos de M. C. Tortti (1999, 2000) acerca de la llamada nueva izquierda, se propone entender el espacio organizativo de la FOTIA y las acciones que protagonizan como una “zona de intersección” en la que confluyen, se enfrentan, se modifican y van adquiriendo identidad ciertas tendencias de renovación dentro de las tradiciones políticas de la izquierda y el peronismo, que contribuirán a forjar un horizonte radical en el movimiento obrero azucarero.

Hacia 1963, estas tendencias se expresan en la FOTIA a través del alineamiento –más o menos orgánico– de ciertos dirigentes con dos organizaciones políticas: Palabra Obrera, de origen trotskista⁹, y el núcleo que en 1964 formará el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), un sector del peronismo que propugnó un proceso de redefinición del movimiento en convergencia creciente con postulados socialistas.

En este período, la primera tendencia política tuvo como mayor centro de gravitación el Sindicato del Ingenio San José, en donde actuaron sus más destacados dirigentes, y también tuvo influencia en algunos activistas del Ingenio Santa Lucía y Santa Ana. Esta organización trotskista había comenzado su trabajo político en la clase obrera azucarera hacia 1961¹⁰ en el marco de su estrategia de “entrismo” en el peronismo (González, 1999).

La segunda tendencia –que hegemoniza la FOTIA en el período bajo análisis– estaba encarnada por un grupo de dirigentes con cierta afinidad al núcleo del peronismo expresado en el periódico *Compañero*, que en 1964 fundará oficialmente el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP)¹¹. Este sector fue conocido como la tendencia Aparicio, en alusión al dirigente del Ingenio Fronterita electo secretario general de la FOTIA en 1963. El grupo estaba conformado por algunos dirigentes históricos del peronismo que habían actuado durante la resistencia¹² y por una camada de nuevos activistas surgidos en las luchas por la recuperación de la FOTIA en 1959 y en los conflictos posteriores.

Si bien la influencia de estas tendencias ideológicas al interior del movimiento obrero se visibilizan en la asunción más o menos orgánica de algunos dirigentes de estas identidades políticas, no es objetivo

⁹ Palabra Obrera iniciará hacia 1963 un trabajo conjunto con el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP). Ambas organizaciones se fusionarán en 1965, fundando el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

¹⁰ En 1961, la organización envía a la provincia a uno de sus dirigentes, Hugo Santilli, quien se desempeñó como médico de la FOTIA y que comenzó un trabajo político en el Ingenio San José. Hacia 1962, la organización refuerza el trabajo en la zona con el envío de más militantes, entre ellos uno de sus más importantes cuadros, Ernesto González (González, 1999).

¹¹ No hay elementos certeros que permitan afirmar una filiación orgánica de estos dirigentes al MRP. Los trabajos de Raimundo (2001) y Bozza (2001) mencionan la adhesión de trabajadores azucareros al movimiento. Por otro lado, hay indicios que permiten afirmar un cierto acercamiento a esa organización. Su órgano de prensa *Compañero* le dedica entre 1963 y 1964 un destacado espacio en sus páginas a los conflictos azucareros y publica con cierta frecuencia entrevistas a dirigentes de la FOTIA o reproducciones de documentos de la organización.

¹² Dos de sus más destacados representantes, Juan Farías y Simón Campos, habían sido expulsados de sus sindicatos y de las filas del peronismo luego de la huelga de 1949 mientras que otro de sus dirigentes históricos, Benito Romano, había tenido que exiliarse durante la resistencia peronista. Estos tres dirigentes participaron activamente de las luchas por la recuperación de la FOTIA y volvieron al gremio cuando se realizaron las elecciones de normalización en 1959 (Romano, 2009:193).

de este trabajo rastrear la vinculación entre las respectivas organizaciones políticas y el movimiento obrero. Se asumirá como parte del enfoque de análisis que estos discursos están operando al interior de la organización gremial y que inciden en la conformación de la ideología y conciencia de la clase obrera azucarera en ese período.

Concretamente, se considera que elementos de estas ideologías van a contribuir a forjar el marco de lectura a través del cual la clase obrera va a procesar sus experiencias, evaluar su situación y proponerse determinados objetivos¹³. Este planteo se sustenta en la concepción formulada por Torre, según la cual

(...) las ideologías nunca interpelan a un público inerte sino que los individuos concretos ya están culturalmente articulados por el complejo de actitudes, preferencias morales y tradiciones que es construido e incesantemente renovado a partir de sus condiciones de existencia. Para tener alguna eficacia, las ideologías deben sintonizarse con la trama de significaciones culturales que configuran las experiencias de los trabajadores. Desde esta visión, el proceso de formación de las identidades obreras no es la repentina intrusión de ideas desde afuera sino la elaboración colectiva que realizan miles de trabajadores para dar sentido a sus vivencias en las diferentes esferas de la realidad social y política (Torre, 1990:218-219)

El siguiente apartado tiene por objetivo el análisis de los principales conflictos protagonizados por la clase obrera azucarera en 1963 en tanto constituyen el marco y punto de referencia en función del cual se construyen los discursos que se analizarán.

Los conflictos en 1963

A mediados de febrero de 1963, los trabajadores del Ingenio Santa Ana ocuparon la fábrica para exigir la continuidad de sus fuentes de trabajo. La medida de fuerza tenía como antecedente las ocupaciones del Ingenio Santa Lucía a fines de 1961 y en 1962 motivadas por las mismas causas (González, 1999).

Semanas antes de que se produjera la ocupación del Santa Ana, el dirigente del Santa Lucía, Raúl Zelarayán –dirigente de FOTIA y subdelegado de la Confederación General del Trabajo (CGT) Regional–, había sido encarcelado alegando actos de sabotaje contra la fábrica durante la medida de fuerza de 1961¹⁴. Zelarayán era uno de los ochenta trabajadores de ese ingenio que se encontraban

¹³ Así como la incidencia de las organizaciones políticas producirán modificaciones en la praxis de la clase obrera, sería interesante analizar también, aunque excede el objetivo de este trabajo, las modificaciones en las identidades y concepciones de esas organizaciones políticas a partir de la experiencia desarrollada en la clase obrera azucarera. Al respecto resultan significativos los desplazamientos que se producen en la ideología del FRIP. Si bien estos desplazamientos están fuertemente ligados a la articulación con Palabra Obrera habría que analizar cuánto pesan también en ellos las experiencias hechas por la organización en la clase obrera azucarera.

¹⁴ Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 6, 22 de enero de 1963

procesados¹⁵.

El Ingenio Santa Ana era una de las empresas más importantes del Estado provincial. Además del ingenio y la refinería, la firma poseía 27 mil hectáreas y ocupaba aproximadamente 1.800 trabajadores¹⁶.

La estatización de la compañía se había producido en 1931. Tras declararse en quiebra la firma Hileret y CIA., el Banco de la Nación Argentina –principal acreedor– había embargado sus bienes. Durante aproximadamente dos años, el ingenio permaneció cerrado generando un fuerte éxodo en la población de su área de influencia. En 1933 la entidad financiera otorgó el ingenio en arriendo, retomando su explotación a partir de 1940. Finalmente, en 1957 transfirió las propiedades al Poder Ejecutivo Provincial, quien tomó a su cargo la administración de esa fuente de producción (Barrionuevo y otros, 2005).

En las últimas décadas, se registraba un descenso sostenido en los niveles de producción y rendimiento de la fábrica. Este proceso se agudizó durante la gestión estatal provincial, llegando en 1962 a su nivel mínimo de producción¹⁷.

Esta situación adquiriría mayor gravedad en el marco de las transformaciones en el sector producidas por la política azucarera implementada a partir de 1958 y el proceso de mecanización de la producción agrícola e incrementación del capital constante en la rama industrial. Como señalan numerosos estudios, la industria azucarera atravesó un proceso de concentración y centralización de capitales que generó una creciente diferenciación entre aquellas fracciones de la industria más dinámicas que incrementaron su productividad y aquellas menos tecnificadas y de menor rendimiento que encontraron cada vez más dificultades para sobrevivir en la competencia con aquellas (Pavetti, 2001; Murmis y Weisman, 1969; Crenzel, 1991).

En este contexto, con bajísimos niveles de producción y rendimiento, el balance contable de la empresa arrojaba fuertes déficits que debían ser financiados por el Estado provincial.

Este fue el principal argumentó que utilizó la gestión del interventor Alberto Gordillo Gómez para decretar, el 14 de febrero de 1963, la liquidación de la empresa estatal Ingenio Santa Ana. Al suspender la molienda para ese año, la medida arrojó a la desocupación a 1.772 trabajadores, con los

¹⁵ Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963

¹⁶ La fábrica había sido fundada hacia finales del siglo XIX por la familia Hileret. Durante algunas décadas tuvo su momento de esplendor, llegando a ser uno de los ingenios más grandes de Sudamérica. Al ritmo del crecimiento industrial, se fue formando la población que tomó el nombre del ingenio, con la típica estructura semi-rural y semi-urbana que caracteriza a los pueblos azucareros del interior de la provincia (Cepeda, 2001).

¹⁷ Según información de la FOTIA, el ingenio producía en su mejor momento 400.000 bolsas de azúcar de 70 kilogramos cada una mientras que en 1962, sólo se fabricaron 160.000 bolsas. Asimismo, sostienen que el rendimiento por surco es 50% inferior al término medio de los ingenios del resto de la provincia (*Compañero*, Año II, N° 34, 18 de febrero de 1964)

consiguientes efectos expansivos en toda el área de influencia del ingenio¹⁸.

La medida generó la inmediata reacción de los trabajadores. En asamblea, los obreros –nucleados en el Sindicato del Ingenio Santa Ana, afiliado a la FOTIA– y los empleados del ingenio –representados por la Federación de Empleados de la Industria Azucarera (FEIA)– decidieron la ocupación de la fábrica para exigir el pago de salarios y beneficios sociales adeudados desde noviembre, repudiar la medida oficial de liquidación del ingenio y demandar la formación de una comisión mixta que se aboque al estudio de una solución equitativa en cuanto al futuro de la fábrica¹⁹.

Los trabajadores mantuvieron la fábrica ocupada durante 5 días, enfrentando una fuerte presión de las fuerzas policiales que cercaron el pueblo e impusieron la presentación de un salvoconducto para la entrada o salida de personas. La medida de fuerza se levantó ante el compromiso del gobierno de analizar la posibilidad de que una cooperativa de trabajadores tomara a su cargo el funcionamiento del ingenio²⁰.

En las sucesivas negociaciones el interventor de la provincia puso como condición para la formación de la cooperativa que ésta asumiera la deuda del Ingenio Santa Ana, que alcanzaba varios centenares de millones de pesos. La FOTIA aceptaba el principio de cooperativizar la producción pero se oponía a la transferencia de la deuda argumentando que atentaba contra la posibilidad de una explotación eficiente de la fuente de producción²¹.

Finalmente, la intervención decretó medidas complementarias a la liquidación de la empresa estatal que disponían la colonización de 7.000 hectáreas de la compañía distribuidas en 225 parcelas a ser adjudicadas a personas ligadas al ingenio y la creación de la firma Ingenio Santa Ana Sociedad Anónima (ISASA) de capitales mixtos que tomaría a su cargo la explotación de la fábrica, y de la cual participarían los adjudicatarios de tierras²².

Esta medida generó una división en el seno de los trabajadores al abrir la posibilidad de que algunos se beneficiasen con parcelas de tierras o con puestos de trabajo para el mantenimiento de la fábrica. Esto se expresó a nivel gremial en una pugna dentro del sindicato en la que terminó triunfando el sector decidido a aceptar la oferta estatal²³.

Este sector desafilió al sindicato de la FOTIA y se alineó con los denominados “sindicatos libres”. Un sector minoritario al interior del gremio repudió esta alineación y será el que retomará el conflicto al

¹⁸ *Compañero*, Año II, N° 35, 25 de febrero de 1964

¹⁹ *Palabra Obrera*, Año V, N° 247, 11 de marzo de 1963

²⁰ *Compañero*, Año II, N° 34, 18 de febrero de 1964

²¹ *Palabra Obrera*, Año V, N° 247, 11 de marzo de 1963

²² *Compañero*, Año II, N° 35, 25 de febrero de 1964

²³ *Palabra Obrera*, Año V, N° 247, 11 de marzo de 1963; *Compañero*, Año II, N° 34, 18 de febrero de 1964 y *Compañero*, Año II, N° 35, 25 de febrero de 1964.

año siguiente. En este sector actuaban algunos dirigentes identificados con el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) y otros identificados con el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y Palabra Obrera, que ya habían comenzado un trabajo conjunto en la provincia (González, 1999).

Las negociaciones del convenio azucarero para la zafra de 1963 comenzaron cuando el conflicto por el ingenio Santa Ana aún no se había agotado. El petitorio elaborado por la FOTIA para las negociaciones constaba de tres puntos básicos: aumento de emergencia del 70% a partir del comienzo de la zafra; extensión de las ventajas del convenio laboral a los trabajadores dependientes de los pequeños cañeros y revisión total de la política oficial con relación al ingenio Santa Ana²⁴.

Luego de infructuosas negociaciones y frente a la negativa empresarial de responder a las demandas, el 3 de julio la FOTIA junto al Frente Único de Trabajadores el Azúcar (FUNTA)²⁵ y la FEIA iniciaron un paro por tiempo indeterminado. Sólo en Tucumán 150 mil obreros y empleados paralizaron 26 de los 27 ingenios provinciales²⁶. A esto se sumaban los huelguistas de las fábricas de Salta y Jujuy.

En el marco de la medida de fuerza se realizaron concentraciones en distintas localidades del interior de la provincia, que culminaron con una manifestación en el departamento de Famaillá donde se produjeron fuertes enfrentamientos entre las fuerzas policiales y los huelguistas²⁷.

El Centro Azucarero Regional –entidad en la que se nucleaba la patronal de los principales ingenios tucumanos– sostenía que el pedido de incremento salarial era injustificado porque el convenio tenía vigencia hasta el 31 de agosto. Bajo este argumento, consideraba que el paro formaba parte de una acción política que “excedía lo gremial”. Con respecto al Ingenio Santa Ana, planteaba que la situación de ese ingenio estaba en manos del Poder Ejecutivo, y que ningún gobierno revisaría eso por la fuerza (Centurión, n.d.).

La Unión de Cañeros Independientes de Tucumán (UCIT), entidad que nucleaba a los pequeños y medianos cañeros de la provincia, se expresó en contra de la medida de fuerza. El pedido de extensión de los beneficios del convenio a los obreros que ellos empleaban y la solicitud de hacer retroactivos los beneficios al año anterior ponía a esta entidad –que en otros aspectos compartía intereses con la

²⁴ *Compañero*, Año I, N° 7, 23 de julio de 1963

²⁵ La FUNTA agrupa a organizaciones de trabajadores azucareros de Tucumán, Salta y Jujuy.

²⁶ La única fábrica que continuó moliendo fue el Ingenio Esperanza, de propiedad estatal. Sus dirigentes argumentaron que no querían que les suceda lo del Ingenio Santa Ana. En las últimas elecciones sindicales el dirigente Benito Romano, alineado con la tendencia Aparicio, había sido desplazado por una línea negociadora. Por otra parte, el ingenio San José se plegó más tarde a la medida de fuerza luego de que las bases desbordaran la conducción del sindicato que se negó a parar la fábrica. El acatamiento de la medida de fuerza fue impulsado por dirigentes identificados con Palabra Obrera que integraba la comisión directiva del gremio pero en posición minoritaria. La patronal aprovechó la medida de fuerza para despedir a 50 activistas opositores (*Palabra Obrera*, Año VI, N° 343, 29 de julio de 1963)

²⁷ *Palabra Obrera*, Año VI, N° 343, 29 de julio de 1963

FOTIA– en la vereda de enfrente. La entidad solicitó que se declare ilegal la huelga²⁸.

Los trabajadores azucareros recibieron la solidaridad del Sindicato Único Portuarios Argentinos (SUPA) que se negó a cargar en barcos azúcar para exportación hasta que no se solucione el conflicto. Este apoyo otorgó fuerza a la FOTIA y sus aliados porque significaba enormes pérdidas para los industriales y el incumplimiento en el abastecimiento de los productos comprometidos en el exterior les hacía correr el riesgo de perder los cupos de exportación ganados en el mercado internacional. La CGT también expresó su solidaridad y apoyo con la huelga de los azucareros²⁹.

Luego de varios días de conflicto, el Ministerio de Trabajo declaró ilegal la huelga a pedido del interventor provincial, quien mandó a reprimir las protestas, pidiendo refuerzo de gendarmería ante la resistencia de los trabajadores a las fuerzas policiales. Como medida de presión adicional, el Poder Ejecutivo Nacional autorizó a la Secretaría de Comercio la importación de azúcar³⁰.

Pese a esta fuerte ofensiva estatal, la patronal nucleada en el Centro Azucarero Argentino comienza a presionar para resolver el conflicto, afectada por el bloqueo de la exportación y la paralización total de la zafra. Así, el 15 de julio los trabajadores levantaron la huelga tras acordar un aumento salarial del 35% extensivo a los trabajadores de pequeños y medianos cañeros, que rigió desde el comienzo de la zafra hasta el 31 de mayo de 1964 y un salario mínimo de 350 pesos³¹.

Los discursos en torno a los conflictos

Las demandas de ambos conflictos pueden entenderse en términos estrictamente económico-corporativos y de carácter defensivo: en un caso se trata de la defensa de la fuente de trabajo y en el otro de un incremento salarial que aliviane el deterioro del salario real.

Sin embargo, para avanzar en su comprensión es necesario indagar los discursos en los cuales se inscriben y de los cuales toman sentido estas demandas.

Los discursos que constituyen el material de análisis fueron producidos en el marco de estos conflictos y aluden de manera más o menos directa a ellos. El trabajo se basa fundamentalmente en el folleto *FOTIA, sus sindicatos y afiliados*, un documento de 18 páginas que constituye una publicación oficial de la Federación para el trabajo con las bases. Su fecha de publicación es octubre de 1963.

A modo de complemento, se analizará una entrevista al dirigente de la FOTIA Benito Romano, alineado con la tendencia Aparicio, publicada en el periódico *18 de Marzo*³² unos días antes del conflicto del ingenio Santa Ana. La entrevista es realizada en el marco de las negociaciones que llevaba

²⁸ *Compañero*, Año I, N° 7, 23 de julio de 1963

²⁹ *Compañero*, Año I, N° 6, 16 de julio de 1963

³⁰ *Compañero*, Año I, N° 7, 23 de julio de 1963

³¹ *Compañero*, Año I, N° 7, 23 de julio de 1963

³² Este órgano de prensa antecede a la publicación *Compañero*

adelante una comisión de la FOTIA en Buenos Aires para atender la demanda de los obreros del surco. Finalmente, se trabajará con la nota “Los monopolios azucareros dan otra vuelta de tuerca” publicada en el periódico *Compañero*³³.

Los discursos trabajados plantean distintos niveles de análisis. En algunos casos, abordan la situación específica de la industria azucarera en el marco de un conflicto puntual mientras que en otros realizan un diagnóstico de la situación general de la industria. En ambos casos, se derivan implícita o explícitamente propuestas de soluciones de corto y largo plazo.

El eje de análisis de estos discursos procura identificar las causas a las que se atribuye la crisis de la industria azucarera, las demandas económicas que se formulan y las soluciones que se proponen para rastrear los presupuestos ideológicos que les subyacen. Se pondrá especial énfasis en analizar el tipo de críticas a la burguesía azucarera y al Estado que se expresan en los diagnósticos y las soluciones propuestas. Para el análisis, se tomará como marco de referencia las conceptualizaciones de James en torno a la ideología del sindicalismo peronista en el período 1962-1966³⁴.

La hipótesis que guía el trabajo es que los discursos están atravesados por una tensión entre concepciones que suponen una impugnación a las relaciones sociales del sistema de producción capitalista y otras que, manifestando una crítica al modelo vigente, no necesariamente implican una impugnación al sistema en su conjunto. Al tratarse de análisis que refieren a situaciones concretas, resulta más fácil dar cuenta de las tensiones entre estos elementos.

En la entrevista a Benito Romano, el dirigente de la FOTIA denuncia la desocupación y las pésimas condiciones de vida que sufren los trabajadores e identifica a la patronal azucarera como el principal responsable por esa situación. Señala tres comportamientos de los industriales que serían los causantes de las penurias de los obreros: a) la tecnificación de la producción sin pensar en planes paralelos de desarrollo³⁵, b) la capitalización a costa de dineros estatales y el hambre de los trabajadores³⁶, y c) las

³³ Se reconocen los problemas que puede generar el hecho de considerar las expresiones vertidas por un dirigente gremial en una entrevista o la nota publicada en un periódico como posiciones oficiales de la FOTIA. Sin embargo, tomando los recaudos metodológicos necesarios, una serie de cuestiones permiten considerar a esos documentos como indicadores de dichas posiciones. Por un lado, el dirigente Benito Romano habla explícitamente en nombre de la comisión de la FOTIA encargada de las negociaciones. Por otra parte, la nota “Los monopolios azucareros dan otra vuelta de tuerca” forma parte de una serie de publicaciones del periódico *Compañero* (y su antecedente, la publicación *18 de Marzo*) que funciona como una suerte de correa de transmisión de las posiciones del sector sindical liderado por la tendencia Aparicio a través de la reproducción de documentos de la FOTIA, reportajes a dirigentes identificados con esta tendencia y crónicas que expresan los análisis de la Federación. Finalmente, las concepciones expresadas en ambos documentos son congruentes con aquellas contenidas en el panfleto oficial de la FOTIA.

³⁴ Para una síntesis del análisis de James, ver nota 4.

³⁵ “Otro problema que se ha agudizado es el de la desocupación, ya que los señores empresarios, especialmente los industriales, usufructuando créditos del Estado, modernizan sus establecimientos sin planes paralelos de desarrollo industrial, como, por ejemplo, podría ser la explotación de los subproductos de la caña de azúcar” Entrevista a Benito Romano en Periódico *18 de Marzo*, Año II, Nº 8, 5 de febrero de 1963.

³⁶ “Las empresas haciendo uso y abuso de las dádivas oficiales, es decir, con el dinero del Estado, y creando un trust en la

represalias contra los dirigentes y trabajadores que se organizan y reclaman³⁷.

Junto con esta caracterización aparece una crítica al gobierno por la implementación de una política azucarera de “libre empresa” que habilita este comportamiento de los capitalistas³⁸ y por prestar el apoyo del aparato oficial para las represalias de la patronal contra los trabajadores y dirigentes organizados.

Lo primero que interesa destacar es que la desocupación –que en sí misma no es más que la pérdida individual de trabajo– y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores son analizados en función de una racionalidad concreta –el modo de gestión capitalista azucarera– que le otorga la entidad de un problema social. La posibilidad de identificar una racionalidad causante de estos problemas habilita la posibilidad de plantear otra racionalidad, aún cuando no se la formule explícitamente (Sigal, 1969 y 1973).

Un segundo elemento a destacar es que tanto la oposición a la patronal como al gobierno tienen como argumento la “irresponsabilidad” en el cumplimiento de lo que debieran ser sus funciones y no una impugnación al fundamento de su existencia.

Así, la crítica a la patronal no se basa en la impugnación de su función social como propietaria de los medios de producción y conductora del proceso productivo sino en el incumplimiento de lo que debería ser su función. Retomando el texto, la tecnificación de la producción no es el núcleo del problema sino el hecho de no pensar en planes paralelos de desarrollo que mitiguen la desocupación que esa tecnificación genera. Del mismo modo, el problema de la capitalización radica en que se hace a costa de los dineros estatales y del hambre de los trabajadores, afirmación que implícitamente supone que es aceptable una capitalización cuando se hace en base a las ganancias de la patronal obtenidas legítimamente.

En la misma línea, aparece una crítica a los distintos gobiernos más que al Estado en su fundamento. La crítica a la “política azucarera llevada a cabo por los distintos gobiernos que sucedieron al golpe de 1955” deja abierta la posibilidad de que, dentro de los márgenes del capitalismo, un gobierno orientado a los intereses de los trabajadores implemente otro tipo de políticas.

Una primera lectura de estas posiciones permite encontrar fuertes líneas de coincidencia con los conceptos rectores del programa ideológico y práctico del sindicalismo que analiza James para el

venta del producto, se capitalizan a costa del hambre de los trabajadores” Entrevista a Benito Romano en Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963.

³⁷ “*La represión se hace sentir con todo el rigor de las represalias patronales contra los dirigentes y los trabajadores que, por supuesto, cuentan con el apoyo del aparato oficial*” Entrevista a Benito Romano en *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963.

³⁸ “*Estas [las pésimas condiciones de vida de los trabajadores] son las consecuencias de una política azucarera de ‘libre empresa’ llevada a cabo por los distintos gobiernos que sucedieron al golpe de 1955. Política que desde luego rechazamos de plano*”. Entrevista a Benito Romano en Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963.

período 1962-1966. De hecho, estas críticas tienen su anclaje en la idea acerca de la posibilidad de un desarrollo económico en beneficio de las mayorías siempre y cuando se reconozca la función social del capital, que implica la limitación de las ganancias empresarias en pos del bien común, cuya garantía es el Estado en su rol de mediador entre las clases.

Sin embargo, se pueden reconocer también dos elementos –de distinta naturaleza– que hacen entrar en tensión este discurso basado en el consenso de clases. Tal como señala James, este discurso tiene como uno de sus componentes fundamentales la defensa del capital privado de origen nacional en contraposición con el capital extranjero y la “oligarquía local”. La burguesía nacional, representante del primer tipo de capital, es el agente que puede garantizar este desarrollo basado en la armonía de clase. En el caso que analizamos, la patronal azucarera está compuesta fundamentalmente por capitales nacionales. Aún cuando sea caracterizada con frecuencia como una “oligarquía parasitaria”, no aparecen en los discursos la apelación a un sector “sano” de la burguesía con el cual se pueda conciliar un desarrollo armónico: *“Las intenciones de la intervención federal ahora son liquidar el problema de la explotación de los ingenios estatales –Santa Ana y Esperanza– mediante la entrega de los mismos a manos privadas. Los capitalistas azucareros han demostrado en la práctica ser una rémora para el país, pero al gobierno eso no le interesa, por supuesto. Mientras tanto piensa aliviar a las empresas privadas de las ‘cargas sociales’”*³⁹

La crítica radica justamente en intentar solucionar el problema de ese ingenio traspasándolo a los mismos sectores a quienes se responsabiliza por la crisis general de la industria.

Por otro lado, esta personificación de la causa de los males de los trabajadores en la figura de la burguesía azucarera corre en paralelo con la visualización de los gobiernos post-peronistas como cómplices de la patronal. Si la conciliación de clases tiene como fundamento y garante un Estado regulador, mientras el Estado funcione como instrumento de, al menos, un sector de la burguesía cuyos intereses van en contra de los de los trabajadores, la conciliación no parece probable. En este sentido, se dibuja una línea antagónica entre un nosotros –los trabajadores– y un otro, representado en este caso por la burguesía y el gobierno cómplice con sus intereses.

Esto se expresa en una crítica con ciertos grados de radicalización, como se observa en el siguiente párrafo: *“A estos que tanto hablan de ‘democracia’ nosotros les diríamos que la ‘democracia’ no se proclama, se practica. Pero tenemos fe en el triunfo final de la clase trabajadora y por él luchamos. No habrá estatuto trampa que pueda frenar el ascenso de las masas al poder”*⁴⁰

La posibilidad de una democracia real no está anclada en esta crítica en un cambio del sistema sino en

³⁹ Entrevista a Benito Romano en Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963

⁴⁰ Periódico *18 de Marzo*, Año II, N° 8, 5 de febrero de 1963

la práctica democrática que se producirá con el ascenso de las masas al poder. Este ascenso se proclama de modo genérico, sin especificar la forma que debiera asumir o las vías que hay que seguir. Justamente, esta ambigüedad es la que habilita distintas lecturas posibles. Asimismo, cabe destacar que la concepción de democracia aparece identificada con una práctica y no con un régimen formal de gobierno.

La nota “Los monopolios azucareros dan otra vuelta de tuerca” publicada en el periódico *Compañero* se centra en las disputas concretas en torno a la negociación por las paritarias azucareras. El eje del documento pasa por la legitimación de los reclamos salariales en función de las críticas que se realizan a los mecanismos de la gestión capitalista de la industria azucarera.

Una de las principales líneas argumentales pasa por demostrar, por un lado, el creciente deterioro del salario obrero⁴¹ y, por el otro, que el incremento de las ganancias azucareras fue mucho mayor frente al incremento del salario obrero⁴². De este modo, la legitimación del incremento salarial aparece fundada no sólo en el derecho del obrero a garantizar sus condiciones de existencia sino también en la ilegitimidad de las desigualdades en la distribución del ingreso. La demanda salarial aparece implícitamente legitimada como un derecho a la equitativa distribución de la riqueza.

Al mismo tiempo, se denuncia que el incremento del precio en el azúcar es el resultado de una actividad especulativa de los industriales azucareros basada en los subsidios a la producción, financiados por el Estado, y a la exportación, financiados por un impuesto al consumidor. Se acusa al gobierno de ser el responsable directo de esta actividad especulativa que tiene como su principal víctima no sólo a los obreros azucareros sino también a los obreros de la industria de la alimentación – cuyas fuentes de trabajo se ven amenazadas– y a todos los consumidores⁴³.

De este modo, aparece una impugnación a la ganancia que obtienen los industriales en términos de oposición entre el lucro privado y el bienestar general. Al extender las consecuencias de este accionar empresario a los obreros de otras ramas y a los consumidores en general, se opera una ampliación del “nosotros” que encarna ese “bienestar general”: la FOTIA ya no habla sólo en nombre de los trabajadores azucareros sino que se erige en defensora de los intereses de un conjunto más amplio.

⁴¹ “Hoy, un obrero del azúcar, frente a la constante alza de precios de todos los artículos, con su jornal de 254 pesos apenas puede adquirir la mitad de los artículos que podía comprar en 1952. En ese año, con un salario de \$4,50 podía comprar 12 kilos de carne. Hoy, esos 12 kilos cuestan \$600” *Compañero*, Año I, N° 4, 28 de junio de 1963

⁴² “Actualmente un obrero azucarero gana \$254 pesos de acuerdo al convenio de 1962 (...). Este salario regía el año pasado, cuando el azúcar estaba a 21 o 22 pesos el kilo, y continúa hoy, que el producto está a 40 pesos”; “Desde 1942, mientras el salario aumentó sólo 58 veces, el precio del azúcar y de la caña, regulado por los especuladores y los monopolios, aumentó 110 veces” *Compañero*, Año I, N° 4, 28 de junio de 1963

⁴³ “FOTIA denunció (...) la nueva vuelta de tuerca que los monopolios pretenden infligir tanto a los obreros como a los consumidores, que resultan las víctimas directas de este negociado del azúcar que con abierta anuencia oficial están realizando los monopolios” *Compañero*, Año I, N° 4, 28 de junio de 1963

Nuevamente se encuentran en estas afirmaciones nociones básicas ligadas a la ideología peronista del período. Las demandas y críticas formuladas remiten a la ya mencionada concepción sobre la función social del capital. Sin embargo, también se puede señalar que junto a esta idea, aparece un claro reconocimiento acerca de la ilegitimidad de las ganancias de los industriales azucareros: si ellos se enriquecen es a costa del hambre de los trabajadores de la industria y de la apropiación de dineros estatales vía subsidios. Este reconocimiento contribuye a antagonizar las relaciones entre las clases en tanto los incrementos en las ganancias empresarias –dada la situación de la industria azucarera– se consiguen en desmedro de los trabajadores.

Si bien estas críticas no implican necesariamente una impugnación a las relaciones de producción capitalistas en general, es posible pensar que los documentos están expresando un cuestionamiento a la capacidad de dirección económica de una clase capitalista en particular, los industriales azucareros⁴⁴ (Sigal, 1969). Este hecho habilita la posibilidad de soluciones que postulan a los obreros como los gestores y administradores de las unidades productivas aunque, nuevamente, esta solución se postule dentro de los marcos del sistema actual.

Esta posición es la que se expresa en el folleto denominado *FOTIA, sus sindicatos y afiliados*, una publicación oficial de la Federación cuyo objetivo explícito es servir de herramienta para la discusión en las bases. El análisis que plantea es coherente con las líneas de diagnóstico contenidas en los dos documentos ya analizados aunque difiere en su estilo –tiene un tono más didáctico– y en su forma, en tanto es un programa general de la FOTIA en base a un diagnóstico estructural de la situación de la industria azucarera⁴⁵.

Este extenso documento está compuesto por tres partes. La primera hace una descripción de la tarea organizativa del sindicato en general y de la Federación en particular y un llamado al compromiso de las bases. En el segundo apartado, el más extenso, desarrolla un diagnóstico de los principales problemas de la industria azucarera. Por último, plantea soluciones posibles para el corto y largo plazo. El análisis se concentrará en los dos últimos apartados.

El diagnóstico estructural de la situación de la industria azucarera tiene como argumento central la crítica a la lógica intrínseca del proceso de mecanización de la producción bajo el actual

⁴⁴ Esta posibilidad de cuestionamiento a la gestión capitalista de la burguesía azucarera implica un “plus” a la oposición “normal” que deriva de las relaciones de producción en tanto se trata de una oposición en referencia a la situación global de la industria. Ya no se trata de la crítica a la patronal de uno u otro ingenio sino a la burguesía azucarera en su conjunto en tanto responsable de la génesis de la crisis (Sigal, 1969)

⁴⁵ Aunque no pueden sacarse conclusiones lineales, es posible inferir que, en tanto se trata de un documento destinado a la discusión con las bases, las concepciones que expresan forman parte de un marco ideológico relativamente compartido en el sentido común de la clase obrera con participación sindical. Esta inferencia se refuerza en la medida en que es posible establecer líneas de continuidad entre las soluciones propuestas en este documento y las demandas que se plantearán en la paritaria azucarera de 1964.

funcionamiento de la industria. Esta crítica denuncia dos consecuencias centrales de dicho proceso. Por un lado, la generación de una desocupación crónica con la consiguiente conformación de un ejército de desocupados que presiona el salario a la baja. Por el otro, el incremento de la productividad con la consiguiente transferencia de ingresos del trabajo al capital.

El texto comienza inscribiendo el proceso de mecanización de la producción como parte de una tendencia a escala planetaria que marca un cambio en la historia de la humanidad⁴⁶. Plantea las consecuencias positivas de este proceso –las máquinas hacen más fácil la vida de los hombres⁴⁷– pero señala que *“todavía no puede pensarlo ni sentirlo el obrero que de pronto se queda sin su trabajo (...) por la sencilla razón de que en la fábrica donde se ocupa introdujeron una máquina más moderna”* (FOTIA, 1963: 6, resaltado propio).

Utilizando como recurso retórico la dilematización de este problema⁴⁸ –máquina vs. trabajo– sostiene que el desplazamiento del hombre de su fuente de trabajo no es generado por la máquina sino por quien la aprovecha y utiliza sus beneficios: “el patrón”⁴⁹.

El diagnóstico sobre la industria azucarera se inscribe como parte de este proceso general de mecanización de la producción. A través de una gran cantidad de datos estadísticos, el texto muestra cómo la incorporación creciente de tecnología en el campo y en la industria ha producido un enorme incremento de la producción a la par de un abrupto descenso en la cantidad de obreros empleados tanto en la fábrica como en el surco, y un cambio en la distribución relativa entre obreros permanentes y transitorios, disminuyendo notablemente los primeros y ascendiendo los segundos⁵⁰.

Asimismo, señala que, como consecuencia de la desocupación, empeorarán las condiciones de vida para los trabajadores que deberán vender su fuerza de trabajo por menos dinero ante la competencia en el mercado de trabajo que genera la desocupación⁵¹.

⁴⁶ *“Vivimos en un mundo que avanza demasiado rápido. La humanidad que tardó decenas de siglos para descubrir la caldera a vapor o para pasar del uso del caballo al automóvil, en poco más de cincuenta años del invento del avión llegó al cohete que circunvala la tierra. Es que vivimos un prodigioso auge de la ciencia y de la técnica”* (FOTIA, 1963: 5-6).

⁴⁷ *“Si las máquinas sirven para producir más, mejores cosas, más fácilmente y en menos tiempo, resulta evidente que son útiles al hombre”* (FOTIA, 1963: 6)

⁴⁸ *“El hecho parece simple: la máquina reemplazó al hombre y éste se quedó sin puesto y sin jornal”* (FOTIA, 1963: 6)

⁴⁹ *“Sin embargo esto no se ha producido por voluntad de la máquina. Ella ni piensa ni actúa por propia decisión. Alguien dispuso instalarla. Es a esa voluntad a la que responde y sirve. El es quien la usa y quien la aprovecha. Aquí está el nudo de la cuestión (...) [en] el patrón”* (FOTIA, 1963: 6)

⁵⁰ *“Desde una veintena de años a esta parte cada vez es menor el número de obreros ocupados en los cañaverales y fábricas. Antes de 1940 para elaborar menos de 500 mil toneladas de azúcares se ocupaban en zafra alrededor de 160 mil trabajadores y como permanentes entre 50 y 55 [mil]. En la actualidad, con una producción doble y capacidad de molienda y elaboración para llegar hasta 1 millón 300/400 mil toneladas, el personal de cosecha no llega al 40% de aquel número y los permanentes no sobrepasan en mucho los 30 mil, incluyendo rurales, fabriles, empleados, personal de destilería e industrias conexas”* (FOTIA, 1963: 6-7)

⁵¹ *“(...) como no se ven posibilidades de una razonable absorción en plazos presuntivamente cortos [de los obreros desplazados por la máquina cosechadora], se abrirá un mercado de extensa competencia de mano de obra barata (por necesidad, nuestros obreros tendrán que trabajar por la mitad del jornal)”* FOTIA, sus sindicatos y afiliados, p.9

De este modo, el discurso desnaturaliza las causas de la desocupación señalándola como una consecuencia directa del proceso de mecanización⁵² tal y como se desarrolla. En tanto este proceso no hará sino avanzar, se concibe como un problema irreversible en el actual estado del sistema frente al cual los trabajadores se tendrán que enfrentar⁵³.

En este sentido, el discurso apunta a relacionar tres tipos de fenómenos –la mecanización, la desocupación y la pauperización– que podrían aparecer como producto del “juego natural del mercado” como el resultado de una forma de gestión económica cuyo “responsable social” es identificable: la burguesía azucarera (Sigal, 1969). La crítica no radica en el proceso de tecnificación misma sino en las relaciones sociales en las que se desarrolla este proceso. Articulando con las reflexiones más generales acerca del proceso de mecanización, el problema no radica en las máquinas, que podrían hacer más fácil la vida del obrero, sino en quiénes se benefician con su uso.

En esta línea, la mecanización del proceso productivo –y la desocupación que genera– se liga al problema de la apropiación de las ganancias generadas por el incremento de la productividad: *“Al mecanizarse totalmente la zafra de la provincia, perspectiva que se concretará en términos muy breves dado el gran rendimiento económico señalado y la creciente capitalización, no siempre legítima que les es permitida a las empresa, toda su caña podría levantarse con unas 350/370 de estas máquinas y una disminución en salarios a pagar del orden de los 1.850 millones de pesos. Es como si de pronto 20.332 trabajadores del surco quedaran privados de un ingreso mensual de 6.000 pesos”* (FOTIA, 1963: 9).

En este párrafo aparece planteado implícitamente que los incrementos en la ganancia de los industriales azucareros se producen en base a la expropiación de una porción del ingreso a los trabajadores. Este planteo aparecerá explícitamente en el abordaje del incremento de la productividad en el ámbito fabril: *“Tomada la actividad azucarera del país en su conjunto y relacionado el número de trabajadores actualmente ocupados con los azúcares producidos, cada obrero produce cuatro veces más que en 1950. Es a esto lo que los técnicos llaman productividad. Una mayor producción por cada salario pagado y no un menor y más racional empleo del esfuerzo de la unidad-hombre”* (FOTIA, 1963: 10).

La última frase de esta cita es la que más claramente explicita lo que hemos venido analizando. Opone explícitamente dos racionalidades posibles con respecto al incremento de la productividad. Al proponer

⁵² Luego de realizar un detallado análisis de las tareas propias del campo que se han ido mecanizando (el cultivo de la caña, el corte, la pelada, el apilaje y la carga) y señala esto como “*causa real y casi única*” del “*gran éxodo operado por los compañeros del campo y las consiguientes desmejoras de las condiciones de vida –índices sanitarios y de mortalidad, especialmente infantil–*” (FOTIA, 1963: 8)

⁵³ “*En la cosecha pasada se observó que la mecanización de la zafra, pese a las opiniones contradictorias de algunos técnicos, no constituía ya un mero ensayo sino un método tendiente a generalizarse. Ahora se anuncia la fabricación en el país y tal vez en nuestra provincia de una cosechadora ya probada que corta, pela, despunta y apila (...) la cosechadora reemplazaría a 117 [obreros]”* (FOTIA, 1963: 8-9)

el empleo más racional del esfuerzo unidad-hombre impugna el fundamento de la acumulación por extracción de plusvalía relativa, principio que rige el funcionamiento del capital en este estadio.

Ahora bien, este elemento de crítica radicalizada, entra en tensión con un matiz que se introduce inmediatamente. El párrafo continúa diciendo: *“Es productividad de máquinas en beneficio directo y exclusivo de sus propietarios y en total detrimento de los sectores laborales que se ven desplazados y privados de la oportunidad de ganarse el sustento y el de los suyos”* (FOTIA, 1963: 10, resaltado propio).

La crítica no llega a impugnar la propiedad de los medios de producción sino la distribución de las ganancias generadas. Así, no se critica el derecho de la patronal a apropiarse de las ganancias sino su distribución inequitativa. La palabra *“exclusivo”* que aparece en el texto, permite el planteo implícito de que la ganancia sería legítima si se distribuyera equitativamente entre patrones y obreros. En este sentido, se trata más bien de una radicalización del modelo distributivo propio de la doctrina peronista que de una impugnación al sistema capitalista.

El Estado aparece en el documento como cómplice de los empresarios y la impugnación se formula en términos similares: se critica el *“exagerado apoyo que el Estado ha venido prestando a las empresas (...) con absoluta despreocupación acerca de la suerte que habrá de correr el factor humano que se dice proteger”* (FOTIA, 1963: 11). Subsiste allí el rol del Estado como árbitro mediador que debe poner coto a los empresarios en sus ansias de lucro en beneficio personal. El problema radica, entonces, en la orientación que ha asumido el gobierno.

Si bien el texto conserva los principios propios de la matriz distributiva peronista, los elementos contradiscursivos que se incluyen permiten, al menos como potencialidad, una lectura radicalizada de impugnación al sistema. Estas tensiones aparecerán aún más explícitas en las soluciones propuestas.

En el apartado que aborda las soluciones al problema planteado pueden encontrarse tres ejes fundamentales: quién impulsará las soluciones y cómo, en qué se funda la legitimidad de las propuestas planteadas y cuáles son esas soluciones.

En el primer punto la propuesta es implícita pero clara. Son los trabajadores quienes deberán exigir y actuar para conseguir soluciones y para ello requieren un cabal conocimiento de la situación, organización y unidad. El párrafo que encabeza la sección afirma: *“Aunque hemos trazado un cuadro sombrío y desalentador (...), porque necesitamos que cada afiliado se mire en él como en un espejo, también queremos decirles que el mundo y su realidad no son estáticos. Si lo fuera, estaríamos condenados al igual que todas las criaturas humanas que no poseyeran en propiedad un bien de producción, llámeselo herramienta, tierra o máquina”* (FOTIA, 1963: 11).

Es significativa la doble operación de identificación y diferenciación entre los términos “afiliados” y

“criaturas humanas”. La identidad tácita entre ambos términos está planteada en función de la no posesión de bienes de producción, es decir, en términos de clase. La diferenciación radica en la organización, en función de la cual se define un afiliado. Esto aparece tácitamente ligado a la capacidad de acción transformadora; la afirmación de que el mundo no es estático antecede el llamado metafórico a la acción: *“La advertencia se hace para que todos los compañeros miren de frente la tormenta que se nos viene y juntos busquemos y hallemos el refugio, aunque tengamos que forjarlo con nuestra propia acción. Su desconocimiento, la pasividad y la ignorancia del problema permitirá que nos tomen de sorpresa y luego cuando nos alcance no nos quede sino el instintivo intento del ‘sálvese quien pueda’”* (FOTIA, 1963: 11).

La afirmación general acerca de la importancia de la organización sindical y su unidad para la acción es reafirmada a través del ejemplo concreto del conflicto por el Ingenio Santa Ana extrayendo conclusiones al respecto: la brecha que abrió el ofrecimiento oficial de puestos de trabajo para algunos llevó a la división de los trabajadores cuyo resultado fue la desocupación y el éxodo. Esta división sería la que imposibilitó *“una oportunidad inmejorable y casi única en Tucumán, de poner en marcha la propiedad o el bien de producción en **función social**”* (FOTIA, 1963: 11, resaltado en el original).

Esta función social de la propiedad es la base sobre la cual fundarán la legitimidad de los reclamos de los trabajadores. El argumento central es que mientras exista una “finalidad social superior”, ciertas medidas que pueden parecer anti-económicas desde la lógica del mercado pueden ser modificadas y/o suspendidas. En este sentido, considera válido y legítimo el hecho de que el Estado haya subvencionado y siga subvencionando la actividad azucarera —entendiendo que esto significa también un sacrificio sostenido por todos los consumidores— siempre y cuando se persiga esa finalidad social superior que, en el caso tucumano, significa mantener las fuentes de trabajo. Es importante señalar que esto es pensado también como parte de una solución de más largo aliento que debe incluir la diversificación de la economía⁵⁴.

En tanto existen este tipo de fines que habilitan una lógica diferente, las empresas no tienen completa libertad de acción. Son estos fines los que constituyen los “justos y legítimos derechos” que permiten exigir a las empresas cumplir con determinadas obligaciones. La ilegitimidad de sus acciones cuando desconocen esa finalidad social y se dirigen al exclusivo beneficio personal, alcanza también a los

⁵⁴ “FOTIA ha sostenido siempre que la actividad azucarera argentina ha sido posible gracias a la protección y el sacrificio de todos los consumidores del país, y del Estado que todos los años facilita más de dos mil millones de pesos para realizar la zafra; apoyo que sólo se justifica cuando se persigue una finalidad social superior y que en el caso particular consistió y consiste, fundamentalmente, en exigirle que mantenga las fuentes de subsistencia de la zona donde actúa y vaya desarrollando todas las posibilidades que su economía ofrece” (FOTIA, 1963: 12).

gobiernos que permiten dicho accionar⁵⁵. Será ésta la única parte del documento que realiza una valoración más general de estos gobiernos al extender esta ilegitimidad o radicarla en su fraudulento origen, vinculado tácitamente con la proscripción del peronismo⁵⁶.

Con respecto al contenido de las soluciones, el texto diferencia dos tipos de propuestas: unas de emergencia, que constituirían el programa de acción inmediata de la FOTIA, y otras “de fondo”. Esta misma distinción habla de la evaluación que se ha hecho acerca de una crisis de carácter estructural de la industria azucarera que no admite soluciones fáciles.

El contenido de las propuestas concretas que se plantean para la industria azucarera apunta fundamentalmente a mitigar la desocupación y el deterioro del salario real de los trabajadores⁵⁷.

En el planteo de las soluciones de fondo, es posible distinguir dos niveles de análisis en el texto. Por un lado, se propone un “Plan de Desarrollo o Movilización del Potencial Económico” para la provincia cuyo sentido general apuntaría a la diversificación productiva pero cuyos contenidos no son explicitados. En cambio, sí se plantea quiénes deben encabezar esta iniciativa y con qué fondos deberá financiarse.

El plan de desarrollo debe estar a cargo del Estado pero con la participación de los sectores interesados, especialmente de los trabajadores “*representados por sus organizaciones sociales legítimas*” (FOTIA, 1963: 13). Los fondos no pueden provenir del exterior porque la mayor parte de las veces “*encubren intentos de explotar economías nacionales en condiciones mucho más lesivas y onerosas*” (FOTIA, 1963: 13). Se deben utilizar, en cambio, los recursos que ya existen en el Fondo Regulador Azucarero “*integrado mediante la imposición de un sobreprecio que pagan todos los consumidores (...) [y que] no puede estar **exclusivamente** al servicio de los empresarios*” (FOTIA, 1963: 15, resaltado propio). Si es legítimo que ese fondo sea utilizado para proteger a los industriales o cañeros es tanto o más legítimo usarlo para proteger a los trabajadores y a las economías regionales⁵⁸. Basta para ello que “*el gobierno decida poner fin a las inmorales e ilegales retenciones que los industriales azucareros vienen haciendo*

⁵⁵ “*Las empresas están obligadas con el país y con sus trabajadores. Por lo tanto existen justos y legítimos derechos para exigirle el cumplimiento de esas obligaciones, de las que no pueden sustraerlas ni dispensarlas gobiernos de aventura y funcionarios desaprensivos*” (FOTIA, 1963: 12).

⁵⁶ “*gobiernos de aventura y funcionarios desaprensivos, que se han venido encaramando en las posiciones claves con absoluto desapego de las más elementales normas democráticas y republicanas*” (FOTIA, 1963: 12).

⁵⁷ Entre las soluciones de emergencia, figuran: a) el impedimento a los ingenios de despedir personal sin que antes garantice como mínimo el mismo número de fuentes de trabajo como personas se propone despedir; b) el salario móvil y el derecho de los trabajadores a participar de las ganancias de la empresa; y c) la reforma y aplicación de la ley de despidos, que amplíe los plazos de preaviso y elimine el tope máximo de indemnización por año de antigüedad, fijándolo según el salario o sueldo que cobre el trabajador en el momento de sus despidos, incluyendo los beneficios sociales.

⁵⁸ “*La pérdida de su empleo daña al trabajador en igual o mayor medida que los estragos de una helada o una sequía le causan a un cañero o los bajos rendimientos de la materia prima a una fábrica. FOTIA se movilizará con todos los medios a su alcance, para que en forma inmediata se den los instrumentos legales que permitan proteger también al trabajador azucarero y a las economías regionales con ese sobreprecio*” (FOTIA, 1963: 13).

sistemáticamente” (FOTIA, 1963: 13).

Nuevamente, se observa que este planteo puede encuadrarse dentro de las líneas generales del modelo distributivo del peronismo. Coincide en sus concepciones básicas con el programa del sindicalismo peronista de 1960-1966 descrito por James. El planteo apunta al desarrollo económico basado en capitales nacionales y orientado por el principio de la función social del capital. Esto puede llevarse a cabo en un contexto de consenso de clases, donde el Estado debe cumplir un rol de supervisión y de mediación entre los distintos intereses. Al mismo tiempo, reivindica un concepto ampliado acerca de las funciones de los sindicatos que involucra el derecho de los trabajadores a participar en la decisión de los principios rectores de la vida económica del país.

Cabe destacar que aún cuando el planteo supone la participación de industrias privadas de capital nacional, se omite cuidadosamente cualquier referencia explícita a algún sector empresario de la provincia que pueda funcionar como aliado de este plan. Sólo hay una mención tácita a través de la expresión “sectores interesados”. Las únicas referencias concretas a fracciones de la burguesía provincial son hechas en el contexto de impugnación de sus conductas.

Las tensiones en este discurso comienzan a aparecer cuando se plantean soluciones de fondo desde una concepción más general sobre la necesaria transformación de la estructura económica del país, que constituye un segundo nivel de análisis planteado por el texto. Este salto desde el análisis de la economía azucarera a la economía nacional se funda en una evaluación acerca de que la causa principal de la crisis de esta industria (desplazamiento de trabajo por capital) constituye una lógica general que afecta al país en su conjunto.

Luego de sostener que las soluciones de emergencia tienden “*solamente a atenuar las consecuencias de la distorsión económico-social que sacude al país, como consecuencia de intentar mantener vivas estructuras perimidas y caducas*” (FOTIA, 1963: 14), se afirma que las soluciones se producirán en la medida en que se propicie un cambio estructural.

Las líneas generales acerca del sentido que debiera tener este cambio estructural son contundentes, la propiedad de los medios de producción y de la tierra debe ser de los trabajadores: “*Por de pronto se hace evidente que no puede seguirse negando la tierra a quienes la trabajan, ya sea en condición de pequeño propietario minifundista, arrendatario, aparcerero o peón de campo, ni tampoco el acceso a la propiedad de los medios de producción a los trabajadores fabriles, única forma según se ve de terminar con la desocupación y el hambre de millares de familias obreras*” (FOTIA, 1963: 14-15).

Pero además, el folleto se propone explícitamente dar cuenta de qué entiende la FOTIA por cambio estructural, por considerar que la palabra está en boca de todos, incluso en “*los personeros de la banca y los trust internacionales*” (FOTIA, 1963: 15). El texto, entonces, precisa: “*Cuando nos referimos a*

*'estructuras' económicas aludimos al sistema de producción vigente, al régimen de propiedad y a todo cuanto configura el basamento jurídico y los engranajes de la economía. Está claro que para hablar de cambio hay que hablar de **modificación del sistema, o de otro nuevo***" (FOTIA, 1963: 15, resaltado propio).

En primer lugar, cabe destacar la ligazón establecida entre el sistema de producción y el régimen de propiedad en tanto elementos inherentes a las estructuras económicas porque, implícitamente, esto significa que toda alteración de las estructuras económicas implicará necesariamente una modificación en el régimen de propiedad.

Por otra parte, es significativa la utilización de la conjunción disyuntiva "o". Esta construcción puede leerse como equivalencia: hay que hablar de modificación del sistema o, lo que es lo mismo, de otro nuevo. Pero también puede leerse como alternativa: hay que hablar de modificar el sistema o de implementar otro nuevo. Aún cuando contextualmente parecería más plausible el sentido de alternativa, la afirmación no deja de tener cierto grado de ambigüedad.

Si el sentido del cambio estructural que se está planteando en términos generales pareciera admitir una lectura en términos de un cambio radical, el análisis acerca del desarrollo económico general del país tiene ya otro sentido.

El texto sostiene que el desarrollo económico tal y como funciona en el país puede elevar la producción pero no cambiar las estructuras⁵⁹. El elemento con el que se caracteriza el desarrollo económico es el estímulo a las industrias pesadas en base al principio de la libre empresa y el motivo por el cual no puede promover un cambio de estructura es que *"el trabajo y la producción seguirán a cargo de hombres y máquinas en **exclusivo** beneficio de las empresas y sus propietarios"* (FOTIA, 1963: 15, resaltado propio).

De este modo, el equivalente del principio de "libre empresa" es el "exclusivo beneficio" de la patronal. Se observa, entonces, que la crítica al actual sistema está fundada en los principios propios del peronismo como patrón redistributivo: el problema no radica en las relaciones sociales de producción capitalista sino en el modo en que se regula la relación entre el capital y el trabajo.

Esta concepción se reafirma en la contraposición tácita entre desarrollo económico y desarrollo nacional: *"Por ese camino no se logra un cambio estructural, sino su perfeccionamiento y el llamado desarrollo nacional se convierte en un desarrollo beneficioso del capital que reafirma así, en sus manos, el manejo de la economía y el trabajo nacional, puestos a su exclusivo servicio"* (FOTIA, 1963:

⁵⁹ *"El desarrollo económico, tal como ha sido propiciado en nuestro país desde las altas esferas oficiales o empresarias, en base a estimular el surgimiento de la siderurgia, la petroquímica, etc., mediante el estímulo de la libre empresa, puede variar el nivel de producción pero no 'cambiar estructuras', pues el trabajo y la producción seguirán a cargo de hombres y máquinas en exclusivo beneficio de las empresas y sus propietarios"* (FOTIA, 1963: 15)

15)

En la cita se puede observar una denuncia a la desnaturalización del concepto de desarrollo nacional. La expresión “se convierte” supone que hay un sentido del desarrollo nacional y la explicación posterior busca poner en evidencia que el actual modelo es contrario a ese sentido. Los dos elementos que se resaltan refieren, nuevamente, al modo en que se regula la relación entre el capital y el trabajo en lo relativo al poder de decisión en el manejo de la economía y la distribución de los beneficios.

Luego de reafirmar que la alternativa pasa por la modificación del sistema o su sustitución por uno nuevo⁶⁰, el texto pasa a exponer las soluciones de fondo que pueden propiciar este cambio. Como se afirmó anteriormente, las líneas generales del cambio estructural debían apuntar a la propiedad de los medios de producción y de la tierra para los trabajadores. La forma que proponen para viabilizar ese cambio son las cooperativas⁶¹.

Esta propuesta se diferencia de los planteos programáticos de la CGT nacional analizados por James, que propugnaban la cogestión de las unidades productivas. Según el autor, esta propuesta –que expresaba en términos prácticos el reconocimiento de la función social del capital– habilitaba acciones que desafiaban tanto al Estado como a los empleadores. Sin embargo, la jefatura sindical puso especial énfasis en el carácter no conflictivo de esta medida manifestando, entre otras cuestiones, que la cogestión no significaba que los empresarios pierdan el control de sus fábricas.

La propuesta de la FOTIA en torno a las cooperativas rechaza explícitamente la posibilidad de sostener la distinción funcional empresario–trabajador: “ninguna sociedad privada obrero-patronal es posible, a menos que se entienda por tal a un contrato de trabajo”. Para una explotación en común “la única institución adecuada (...) es la cooperativa” (FOTIA, 1963: 16).

Este planteo contiene un elemento de radicalidad en tanto lleva implícita la impugnación de la forma de relación social propia del capitalismo pero lo hace sólo en el nivel de la fábrica. Del mismo modo en que la FOTIA cuestiona la capacidad de dirección económica de una clase capitalista en particular –la burguesía azucarera– sin que esto implique necesariamente el cuestionamiento de las relaciones de producción capitalistas en general, cuestiona la relación social propia del sistema (capital-trabajo) a nivel de la unidad productiva sin que esto suponga la impugnación del sistema a nivel global.

⁶⁰ “La alternativa del proceso económico social de hoy, especialmente del de nuestro país, es modificar el sistema mediante cambios ciertos y reales o sustituirlo por otro nuevo. El apego a las viejas formas o su disimulo mediante adornos insustanciales, ni cambiarán las cosas ni evitará la cristalización de hechos que derivan de causas inmodificables” (FOTIA, 1963: 15-16)

⁶¹ En el desarrollo de las propuestas de cooperativas, el texto vuelve a centrarse en el caso de la industria azucarera. Propone la formación de cooperativas tanto en el sector agrícola como fabril, detallando los distintos tipos posibles (cooperativas de capital, de trabajo, de comercialización, de producción, etc.) haciendo especial hincapié en las condiciones que deben cumplirse para el éxito de esta forma organizativa: no pueden intentarse sobre prolongar la agonía de una empresa anti-económica y, en el caso de las agrícolas, no puede hacerse en base a la parcelación de tierras ni en tierras improductivas.

Reflexiones finales

El análisis de los textos realizado hasta aquí permite afirmar que una de las características centrales de estos discursos es que tienden a visibilizar la interconexión entre la situación de la clase obrera azucarera y las irracionalidades de la burguesía local. En esta explicitación conviven en tensión elementos propios del modelo redistributivo del peronismo basado en la conciliación de clases con elementos de corte clasista que suponen una impugnación al sistema de producción capitalista.

Como señala James, siguiendo a Williams, esta tensión “*es un malestar, una presión, una latencia: el momento de la comparación consciente aún no ha llegado y con frecuencia ni siquiera llega*”. En tanto latencia, este equilibrio ambivalente entre elementos clasistas y elementos de conciliación de clase constituye una potencialidad para la emergencia de ideologías más radicales.

Al mismo tiempo, si entendemos al sindicato como un lente ideológico que opera para los trabajadores como marco de lectura y comprensión de su propia situación (Sigal, 1969) –hecho que se puede fundamentar por el altísimo grado de sindicalización y participación de los trabajadores en actividades gremiales (Murmis y Weisman, 1969)– resulta posible pensar que esta ideología con fuertes ambigüedades formaba parte de un sentido común arraigado en la clase trabajadora.

Esta podría ser una clave que contribuya a la comprensión del intenso proceso de movilización social y radicalización política que se producirá hacia mediados de la década del sesenta y el posterior viraje de ciertas fracciones de la clase obrera azucarera hacia posturas e ideologías de corte revolucionario.

Bibliografía

- Barrionuevo, Italo; Ferrero, Liliana; Ulivarri, M. Inés y Dantur, Ana (2005): “Diseñar para la Comunidad” [en línea]. Ponencia presentada en la *I Jornada de Antropología Rural. Desde el Norte*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Disponible en: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/cehim/jornadas_antrop/disenar%20para%20la%20comunidad.pdf
- Bozza, Juan Alberto (2001): “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969” [en línea]. *Sociohistórica*, N° 9/ 10. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2942/pr.2942.pdf
- Camarero, Hernán (2003): “De la estructura a la experiencia. Las ciencias sociales y sus visiones sobre la clase obrera argentina (1955-1969)”. En Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (comp.): *De la Revolución Libertadora al Menemismo. Historia social y política argentina*, Imago Mundi, Buenos Aires, pp. 25 a 53
- Centurión, Josefina (n.d): “El largo y conflictivo prelude de la fractura social en Tucumán: Proscripción, inestabilidad y movilización, 1956-1966”, inédito, cedido por la autora.
- Cepeda, Ernesto (2001): “Ingenio Santa Ana - Mitos, Política y Azúcar” [en línea]. *Revista Producción Agroindustrial del NOA*, mayo de 2001. Disponible en: http://www.produccion.com.ar/2001/01may_04.htm
- Crenzel, Emilio (1991): *El Tucumanazo*, CEAL, Buenos Aires
- González, Ernesto (1999): *Historia del trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Palabra obrera, el PRT y la revolución cubana*, Tomo 3, Volumen 1, Antídoto, Buenos Aires
- James, Daniel (1991): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires
- Kotler, Rubén (2007): “El Tucumanazo, los Tucumanazos, 1969-1972. Memorias enfrentadas: entre lo colectivo y lo individual”. Ponencia presentada en las *XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán
- Murmis, Miguel y Waisman, Carlos (1969): “Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera: la industria azucarera tucumana”. *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, n° 2, Buenos Aires
- Pavetti, Oscar (2001): “Azúcar y Estado en la década de 1960”. En Bonano, Luis M. (coord.): *Estudios de Historia Social de Tucumán*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

- Pucci, Roberto (2007): *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*, Ediciones del Pago Chico, Buenos Aires
- Ramirez, Ana J. (2008): “Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política” [en línea]. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org//index38892.html>
- Romano, Graciela del Valle (2009): *Benito, Azúcar y Sangre*, edición del autor, Buenos Aires
- Schneider, Alejandro (2005): *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Imago Mundi, Buenos Aires
- Schneider, Alejandro; Camarero, Hernan; Pozzi, Pablo (2001): “Eppur si muove. De la realidad a la conceptualización en el estudio de la clase obrera argentina”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, v.16, n.1, p.190 - 214.
- Sigal, Silvia (1969): “Crisis y conciencia obrera: la industria azucarera tucumana”. *Revista Latinoamericana de Sociología*, Número 2, Julio, Buenos Aires
- Sigal, Silvia (1973): “Acción obrera en una situación de crisis: Tucumán 1966-1968”, Documento de trabajo, septiembre de 1973, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, Buenos Aires
- Taire, Marcos (2008): *El último grito. 1974: crónica de la huelga de los obreros tucumanos de la FOTIA*, Ediciones del Pago Chico, Buenos Aires.
- Torre, Juan Carlos (1985): *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires
- Torre, Juan Carlos (1990): “Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en Argentina”. *Anuario del IEHS*, vol. V, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil
- Tortti, M. Cristina (2000): “Orígenes de la nueva izquierda en la Argentina: rupturas en los Partidos Comunista y Socialista” [en línea]. Ponencia presentada en el XXII International Congress - Latin American Studies Association, Estados Unidos. Disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Tortti.PDF>
- Tortti, María Cristina (1999): "Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires